

# 1

Los alemanes han entrado en Moravia. Han llegado a caballo, en moto, en coche, en camión, pero también en calesa, seguidos de unidades de infantería y de columnas de avituallamiento, más algunos vehículos semioruga, poca cosa más. Aún no ha llegado el momento de ver los enormes panzers Tiger y Panther conducidos por tanquistas con uniforme negro, que será un color sumamente práctico para disimular las manchas de aceite. Unos Messerschmitt monomotores tipo Taifun sobrevuelan la operación, con la única misión de vigilar desde lo alto que todo transcurra apaciblemente, ni siquiera van armados. No es más que una pequeña invasión relámpago como quien no quiere la cosa, todavía no estrictamente una guerra. Es tan sólo que los alemanes llegan y se instalan, nada más.

El alto mando de la operación se desplaza en automóviles Horch 901 o Mercedes 170 cuyos cristales traseros, cubiertos con cortinas grises delicadamente plisadas, no permiten ver a los generales. En las calesas, más expuestas, viajan oficiales de menor graduación, con capotes largos, gorras altas y una cruz de hierro apretada bajo la barbilla. Los caballos trasladan a otros oficiales o remolcan cocinas de campaña. Los camiones que transportan tropas pertenecen al modelo Opel Blitz y las motos, sidecares pesados Zündapp, las conducen policías con cascos y collares metálicos. Todos estos medios de transporte van adornados con oriflamas rojas con un círculo blanco y esa cruz negra un tanto especial que ya no hace falta presentar y que los oficiales ostentan también en sus brazales.

Cuando todo ese personal se presentó en los Sudetes, hace seis meses, fue bastante bien recibido por los habitantes alemanes de la zona. Pero ahora, ya cruzada la frontera de Bohemia-Moravia, la acogida ha sido claramente más fría bajo el cielo bajo y plomizo. En Praga, ese personal ha entrado en medio de un silencio sepulcral y en la provincia morava la gente ya no se ha agolpado al borde de las carreteras. Quienes se han aventurado a hacerlo examinan ese cortejo con más cir-

cunspeción que curiosidad, por no decir franca antipatía, pero algo les dice que no hay que bromear, que no es el momento de hacerlo.

Emil no se ha sumado a esos espectadores, pues tiene muchas otras cosas que hacer. En primer lugar, tras abandonar la escuela que su familia no podía costearle, ocupa en una fábrica un puesto de aprendiz con el que tampoco hay que bromear. Después, al salir del taller, asiste a unas clases de química con idea de llegar a ser algún día otra cosa que un aprendiz. Por último, cuando dispone de tiempo para volver a su casa, echa una mano a su padre en el jardín que no es un jardín de recreo, es el lugar donde han de cultivar lo que comen, punto sobre el cual se bromea todavía menos. Emil, de diecisiete años, es un muchacho alto y rubio con la cara en forma de triángulo, bastante guapo, bastante tranquilo, sonrío continuamente, y entonces asoman sus grandes dientes. Tiene los ojos claros y la voz aguda, su piel, muy blanca, es de las que temen el sol. Pero hoy el sol brilla por su ausencia.

Una vez en Moravia, los alemanes se aposentan allí y ocupan Ostrava, ciudad del carbón y del acero cerca de la que nació Emil y donde prosperan industrias las más importantes de las cuales, Tatra y Bata, ofrecen ambas un medio de avanzar: el coche o el calzado. Tatra crea preciosos y carísimos automóviles, Bata produce calzado no muy malo ni muy caro. Cuando se busca trabajo, resulta obligado entrar en una u otra empresa. Emil ha recalado en la fábrica Bata de Zlin, a cien kilómetros al sur de Ostrava.

Está interno en la escuela profesional y trabaja de aprendiz en el departamento de caucho, que todos tratan de evitar por el pestazo que desprende aquello. El taller adonde lo destinan al principio produce cada día dos mil doscientos pares de zapatillas de tenis con suelas de crepé, y el primer

trabajo de Emil consiste en troquelar esas suelas con una rueda dentada. Pero las cadencias son tremendas, el aire irrespirable, el ritmo demasiado rápido, el menor error se penaliza con una sanción, el más mínimo retraso se le descuenta de su ya exigua paga, y llega un momento en que no puede más. De modo que lo cambian de cometido y lo destinan a la preparación de las hormas, tarea que, con ser igualmente ingrata, huele menos mal, y aguanta el tipo.

Todo eso dura lo suyo, hasta que se arregla un poco. Con tanto empeño estudia Emil que lo destinan al Instituto Químico, y allí ya es otra cosa. Aun cuando el trabajo consiste en preparar celulosa en una nave glacial atestada de bombonas de ácido, Emil se siente mucho más a gusto. Indudablemente preferiría trabajar en un laboratorio, participar en el perfeccionamiento de la viscosa o en el desarrollo de la seda artificial, pero entretanto asegura que le gusta. Tanto le gusta que el ingeniero jefe, satisfecho de él, le alienta a asistir a las clases nocturnas de la Escuela Superior. Poco a poco va perfilándose una placentera carrera de químico checo.

Un solo problema en la fábrica: ansiosa por incrementar la venta de esas zapatillas de deporte que exporta al mundo entero, lo cual resulta com-

prensible, y no contenta con haber llevado la racionalización del trabajo lo más lejos posible, la empresa Bata quiere asimismo dar a conocer su nombre por todos los medios y utiliza a tal efecto todos los recursos publicitarios imaginables. Entre otras iniciativas han creado un equipo de fútbol casero, cuya misión es pasear los colores de la marca por todos los estadios. Todo eso a Emil le trae bastante sin cuidado, pero por desgracia organizan también, cada año, una carrera pedestre denominada Circuito de Zlin en la que deben participar todos los estudiantes de la escuela profesional, ataviados con la camiseta que ostenta la sigla de la empresa. Y eso Emil lo odia.

Le horroriza el deporte, en cualquiera de sus formas. Al parecer trata casi con desprecio a sus hermanos y a sus amigos, que se pasan los momentos libres golpeando neciamente una pelota. Cuando alguna vez lo obligan a jugar, participa de mala gana, no sabe manejarse, no tiene la menor noción de las reglas. Al tiempo que finge interesarse en el juego, mira hacia otro lado procurando discretamente evitar la pelota, cuya trayectoria no alcanza a entender. Y si por desgracia le llega a las piernas, Emil le propina una fuerte patada para eludirla, en cualquier dirección, demasiadas veces la de la portería de su propio equipo.

Así pues, el Circuito de Zlin no atrae a Emil en lo más mínimo. Participa en ella sólo porque lo obligan, intenta escaquearse con todas sus fuerzas de tamaño engorro, pero en vano. Ya puede fingir que cojea una hora antes del comienzo, alegando una terrible lesión en el tobillo o en la rodilla para que le dispensen de participar, ya puede hacer muecas de dolor o lanzar enormes gemidos, los médicos nunca se llaman a engaño. No le gusta el deporte, máxime porque su padre le transmitió su propia antipatía por el ejercicio físico, el cual no es a sus ojos sino una pura pérdida de tiempo y sobre todo de dinero. La carrera pedestre, por ejemplo, es ya el súmmum: no sólo no sirve absolutamente para nada, observa el padre de Emil, sino que encima acarrea la colocación de medias suelas extras que no hacen sino gravar el presupuesto familiar.

Ese presupuesto –padre obrero en el ramo de la carpintería, madre ama de casa, sin un céntimo– Emil lo conoce perfectamente. En lo tocante al deporte está de acuerdo con su padre, quien, por otra parte, más que verlo entrar en la fábrica, hubiera preferido que fuese maestro. A Emil no le hubiera importado presentarse al examen, pero en Checoslovaquia tradicionalmente, desde el siglo XVIII, la misión del maestro es sobre todo en-

señar a cantar a los niños y hacerlos escuchar y conocer la música. Pero, claro, Emil, por desgracia, desafina a conciencia: cate obligado. Por lo tanto, Bata.

Bata, donde, salvando el desagradable asunto del Circuito de Zlin, el futuro de Emil comenzaría pues a cobrar un perfil bastante halagüeño pero de pronto aparecen los alemanes. Las banderas nazis invaden la ciudad, sus portadores desfilan por sus plazas, por sus calles, hasta por las oficinas de la fábrica de zapatillas deportivas, donde toman el poder como en todas partes. Se cortan los créditos de investigación en los laboratorios, se suspenden los ensayos, se prohíben los experimentos. Sólo queda proseguir con los estudios, aprobar los exámenes y, por el momento, regresar al taller.